

La vida diaria del prisionero en el campo

1.

“Imaginaos ahora un hombre a quien, además de a sus personas amadas, se le quiten la casa, las costumbres, las ropas, todo, literalmente todo lo que posee: será un hombre vacío, reducido al sufrimiento y a la necesidad, falto de dignidad y de juicio, porque a quien lo ha perdido todo fácilmente le sucede perderse a sí mismo; hasta tal punto que se podrá decidir sin remordimiento su vida o su muerte prescindiendo de cualquier sentimiento de afinidad humana; en el caso más afortunado, apoyándose meramente en la valoración de su utilidad. Comprenderéis ahora el doble significado del término «Campo de aniquilación», y veréis claramente lo que queremos decir con esta frase: yacer en el fondo.

Häftling: me he enterado de que soy un Häftling. Me llamo 174517; nos han bautizado, llevaremos mientras vivamos esta lacra tatuada en el brazo izquierdo. La operación ha sido ligeramente dolorosa y extraordinariamente rápida: nos han puesto en fila a todos y, uno por uno, siguiendo el orden alfabético de nuestros nombres, hemos ido pasando por delante de un hábil funcionario provisto de una especie de punzón de aguja muy corta. Parece que ésta ha sido la iniciación real y verdadera: sólo «si enseñas el número» te dan el pan y la sopa. Hemos necesitado varios días y no pocos bofetones y puñetazos para que nos acostubrásenos a enseñar el número diligentemente, de manera que no entorpeciésemos las operaciones cotidianas de abastecimiento; hemos necesitado semanas y meses para aprender a entenderlo en alemán. Y durante muchos días, cuando la costumbre de mis días de libertad me ha hecho ir a mirar la hora en el reloj de pulsera he visto irónicamente mi nombre nuevo, el número punteado en signos azulosos bajo la epidermis”.

“Y hay otra cosa que hemos aprendido, más o menos rápidamente, según el carácter de cada cual; a responder Jawohl, a no hacer preguntas, a fingir siempre que hemos entendido. Hemos aprendido el valor de los alimentos; ahora también nosotros raspamos diligentemente el fondo de la escudilla después del rancho, y nos la ponemos bajo el mentón cuando comemos pan para no desperdiciar las migas. También sabemos ahora que no es lo mismo recibir un cucharón de sopa de la superficie que del fondo del caldero y ya estamos en condiciones de calcular, basándonos en la capacidad de los distintos calderos, cuál es el sitio

más conveniente al que aspirar cuando hay que hacer cola. Hemos aprendido que todo es útil; el hilo de alambre para atarse los zapatos; los harapos para convertirlos en plantillas para los pies; los papeles, para rellenar (ilegalmente) la chaqueta y protegerse del frío. Hemos aprendido que en cualquier parte pueden robarte, o mejor, que te roban automáticamente en cuanto te falla la atención; y para evitarlo hemos tenido que aprender el arte de dormir con la cabeza sobre un lío hecho con la chaqueta que contiene todo cuanto poseemos, de la escudilla a los zapatos."

[...] "Infinitos e insensatos son los ritos que hay que cumplir: cada día por la mañana hay que hacer «la cama» dejándola completamente lisa; sacudir los zuecos fangosos y repugnantes de la grasa de máquinas, raspar de las ropas las manchas de fango (las manchas de barniz, de grasa y de herrumbre se admiten, sin embargo); por las noches hay que someterse a la revisión de los piojos y a la revisión del lavado de los pies; los sábados hay que afeitarse la cara y la cabeza, remendarse o dar a remendar los harapos; los domingos, someterse a la revisión general de la sarna, y a la revisión de los botones de la chaqueta, que tienen que ser cinco".

[...] "Ésta habrá de ser nuestra vida. Cada día, según el ritmo establecido, Ausrücken y Einrücken, salir y entrar; trabajar, dormir y comer; ponerse enfermo, curarse o morir... ¿Y hasta cuándo? Pero los antiguos se ríen de esta pregunta: en esta pregunta se reconoce a los recién llegados. Se ríen y no contestan: para ellos, hace meses, años, que el problema del futuro remoto se ha descolorido, ha perdido toda su agudeza, frente a los mundos más urgentes y concretos problemas del futuro próximo: cuándo comeremos hoy, si nevará, si habrá que descargar carbón. Si fuésemos razonables tendríamos que resignarnos a esta evidencia: que nuestro destino es perfectamente desconocido, que cualquier conjetura es arbitraria y totalmente privada de cualquier fundamento real. Pero los hombres son muy raramente razonables cuando lo que está en juego es su propio destino; [...]

Primo Levi, Trilogía de Auschwitz, El Aleph Editores, marzo 2005, México, págs. 48, 55, 58, 59

2.

"Las estaciones del año solo, las cuales siguieron su lógica naturaleza, nos recordó que no todo en la vida fue creado de acuerdo a nuestras leyes. El verano ha muerto. Después el otoño. El invierno llega y nos azota con su frío látigo [.....] nuestras barracas no tenían calefacción. Nosotros usábamos sus inservibles estufas como mesas. Después del recuento de la noche que se alargó

interminablemente, (o más precisamente hasta que los alemanes se cansaron de hacerlo). No había lugar a dónde escapar del frío. Nosotros dormíamos con nuestras ropas y con nuestros zapatos. El peor momento, a pesar de que estaba despertándome, demandaba la misma decisión cada mañana [...]. Tenía que elegir si luchar o ceder.”

Roman Frister, “El gorro o el precio de la vida”, Editorial Galaxia Gutenberg, Barcelona, España, pág. 468. “reservados todos los derechos”.

3.

“El frío y el hambre nos atormentaban más y más cada día.

Nos convertimos en cadáveres en movimiento, exactamente iguales a los que nos encontramos cuando llegamos. Todos los días había pilas de cuerpos [...] cerca de las barracas [...] desde la mañana hasta la noche, el humo no se interrumpía. Llegó el otoño y con él, las lluvias y el frío. Sabíamos que no íbamos a ser capaces de soportar la nieve que vendría y que moriríamos de la escarcha, uno por uno, como moscas.”

Tzila Lieberman, Tzelinka, Yad Vashem, Jerusalén, 2003, pág.78.

Después de observar el objeto con su historia y leer los textos que siguen, debate con tus compañeros:



¿Qué es lo que les permitió a los prisioneros superar las condiciones de deshumanización y el desgaste espiritual constante en el campo?

¿Qué ayudaba a los prisioneros a vivir bajo la sombra perpetua y amenazante de la muerte?



Prisioneros después de la sauna - mayo 1944

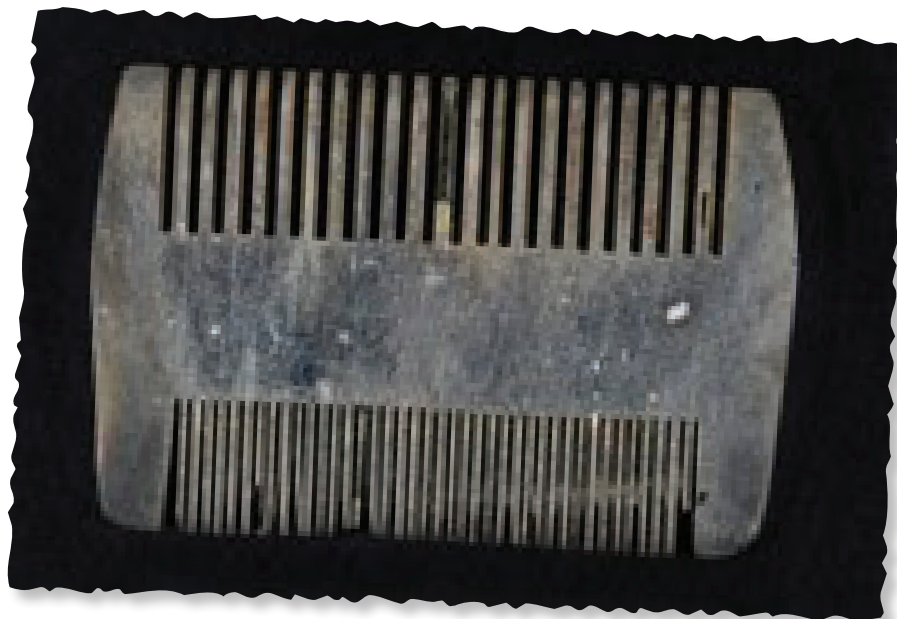
Archivo fotográfico de Yad Vashem
268_148

El peine que adquirió *Ianka Breznitz* en Auschwitz a cambio de su porción diaria de pan.

“Cuando mi madre falleció, además de unas cuantas fotografías, no lleve nada de sus cosas. Solo un pequeño objeto muy querido por mi hermana lehudit y por mí: el peine sucio y roto que traje de Auschwitz para poder peinar su débil cabello.

Lo consiguió en el campo a cambio de una porción diaria de pan.”

Shlomo Breznitz (Campos de recuerdos, Knopf, 1993, pág.165)



El peine que adquirió *Ianka Breznitz* en Auschwitz a cambio de su porción diaria de pan.

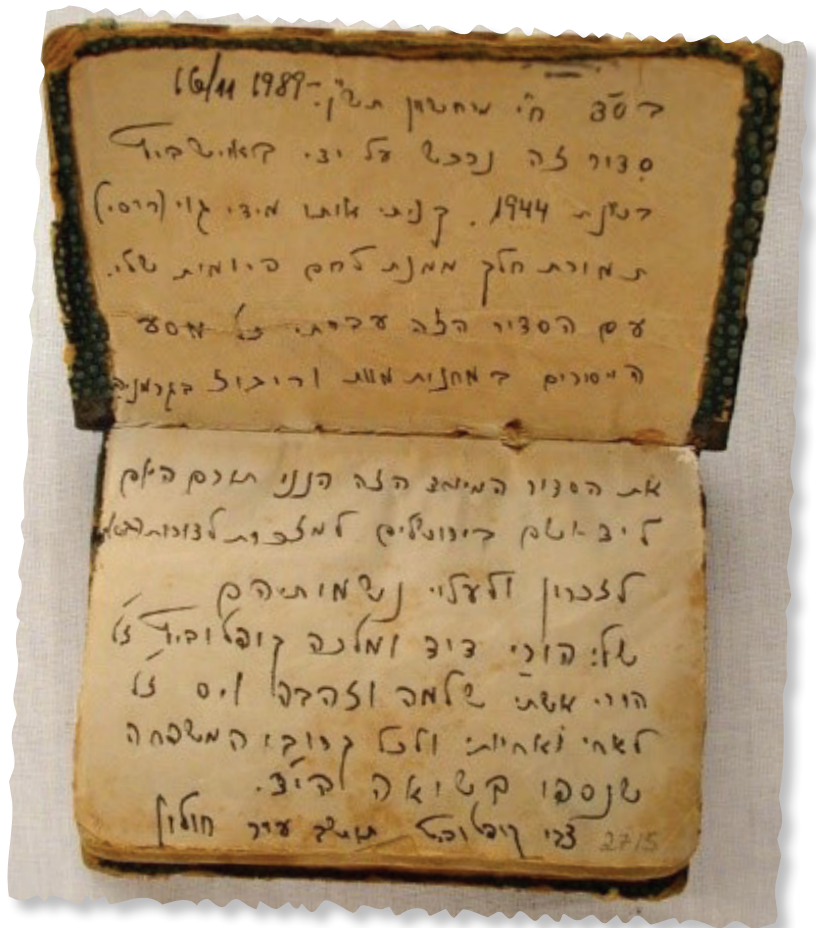
Archivo fotográfico de Yad Vashem

“Compré este libro de oraciones en Auschwitz en 1944. Lo recibí de un preso ruso a cambio de una porción de mi ración diaria de pan. Él me acompañó a lo largo de todo mi trayecto de sufrimiento en campos de concentración y de muerte en Alemania. Hoy entrego a Yad Vashem en Jerusalén este libro de oraciones único, como un recordatorio para las futuras generaciones y en memoria de mis padres David y Malka Kopolovich z”l, los padres de mi esposa Shlomo y Zehava

Weiss, mis hermanos y hermanas y todos mis familiares asesinados durante la Shoá.”

Zvi Kopolovich, Holón, Israel

16 de noviembre de 1989



Libro de oraciones adquirido por Zvi Kopolovich en Auschwitz en 1944

Archivo fotográfico de Yad Vashem



Annie Fisk Levinger

Archivo fotográfico de Yad Vashem

Annie Fisk Levinger nació en Austria y años más tarde se transportó a Checoslovaquia con su familia.

En el año 1944 fueron llevados a Theresienstadt. Estando en Theresienstadt se casó con Pawel Bisk, quien fue deportado tres días más tarde a su boda a Auschwitz Birkenau.

Muy poco tiempo después Annie también fue transportada a Auschwitz-Birkenau.

Todo el período que estuvo prisionero Pawel guardó mucho cuidado la foto de su amada esposa. Al principio lo hizo en su boca y luego la escondió dentro de su calcetín. Pawel y Annie sobrevivieron la guerra.

“Ahora bien, entre Lorenzo y yo no sucede nunca nada de esto. Por el sentido que pueda tener tratar de explicar las causas por las que mi vida, entre millares de otras equivalentes, ha podido resistir la prueba, diré que creo que es a Lorenzo a quien debo el estar hoy vivo; y no tanto por su ayuda material como por haberme recordado constantemente con su presencia, con su manera tan llana y fácil de ser bueno, que todavía había un mundo justo fuera del nuestro, algo y alguien todavía puro y entero, no corrompido ni salvaje, ajeno al odio y al miedo; algo difícilmente definible, una remota posibilidad de bondad, debido a la cual merecía la pena salvarse.”

Primo Levi, Trilogía de Auschwitz, El Aleph Editores, marzo 2005, Barcelona, España, pág.155.



"Delante de mí tropezó y se desplomó un hombre, cayendo sobre él los que le seguían.

El guarda se precipitó hacia ellos y a todos alcanzó con su látigo. Este hecho distrajo mi mente de sus pensamientos unos pocos minutos, pero pronto mi alma encontró de nuevo el camino para regresar a su otro mundo y, olvidándome de la existencia del prisionero, continué la conversación con mi amada: yo le hacía preguntas y ella contestaba; a su vez ella me interrogaba y yo respondía.

"¡Alto!" Habíamos llegado a nuestro lugar de trabajo. Todos nos abalanzamos dentro de la oscura caseta con la esperanza de obtener una herramienta medio decente. Cada prisionero tomaba una pala o un zapapico."

Víctor Frankl, *El hombre en busca de sentido*, págs.65-66. Editorial Herder, Barcelona, España.